

Lazos

Por Mariana Ríos

Licenciada de la carrera de Comunicación Estratégica y Corporativa
de la Universidad Privada de Santa Cruz de la Sierra - UPSA

Fría se posa sobre mi cuerpo. Ligera y grácil como una caricia me cubre desde el cuello hasta los pies. Cuando me dispongo a la oscuridad de una noche cruda, mis dedos helados buscan cobijarse en ella con suaves movimientos. La calidez que al principio transmite se asemeja a un abrazo, qué cálido abrazo; pero cuando somos sólo ella y yo, el tiempo transcurre lento y las caricias se vuelven inquietas, un poco torpes. Trata de apoderarse deslizando cada uno de sus suaves hilos blancos por mis brazos, mis piernas, mi vientre, mi ser vulnerable. Sus pliegues anchos se arrugan formando pequeñas lomas de tela que se hacen y deshacen constantemente. Poco a poco me envuelve con más fuerza y siento que quiere fundirse en mí. Como una ligera brisa que alborota a los árboles, se mueve suave pero implacable; recorre la pequeña montaña del mentón, se detiene en mis labios y deja que estos suelten un leve susurro; luego continúa hacia mi nariz, tratando de impedir el paso del aire cierra con fuerza los espacios diminutos que tiene entre sus tejidos de algodón y tensa enérgicamente toda su blancura para ahogarme en un abrazo. Entonces sólo queda su olor, tan seco e impávido como ella misma. Cuando finalmente me siento rendida llega hasta mis ojos y los cierra con una última caricia. Su cuerpo envuelve el mío completamente y ya no soy yo ni es ella; es la noche.